

característica. ¡Qué hermosa es la idea de la reparación aplicada al trabajo! ¡Cuántas veces acudiría á la mente de San Isidro! El Señor, diríase á sí mismo, cuando más grande sentía el peso de sus faenas, el Señor acepta mi trabajo como una reparación de mis pecados y de los pecados de mis hermanos; soy, pues, un redentor y con el sudor de mi frente, como los anacoretas con su penitencia, puedo rescatar de la esclavitud del demonio las almas de tantos pobres pecadores. ¿No pensaría algo de esto aquel piadoso Labrador cuando viese los desórdenes que se cometían en el mundo, que ciertamente no escaseaban en su tiempo? Pues y la idea del sacrificio ¿no hace del trabajo un acto heroico de caridad? Á la luz del Calvario, yo, discípulo de Jesucristo, dice el trabajador cristiano, lo abrazo como un holocausto ofrecido á Dios, como un acto de inmólación, en bien de la humanidad. Sobre todo, sabiendo como sé que en la gran familia humana hay tantos hambrientos y necesitados que son hermanos míos por naturaleza y por la gracia de adopción, yo trabajaré gustoso cuanto pueda, no para enriquecerme, sino para socorrer á esos pobres hermanos míos por naturaleza y por la gracia de adopción, solidarios conmigo en las miserias y trabajos del destierro. ¡He aquí la caridad! En Jesucristo y por Jesucristo todos formamos un cuerpo, como enseña el Apóstol<sup>1</sup>, cuyos miembros están todos unidos por la comunidad del padecimiento. Un padecimiento más para mí es un padecimiento menos para mis hermanos: mi trabajo va á llevar el consuelo á los afligidos ó el rescate á los cautivos.

6. Tales sentimientos no podían menos de hallar amplia cabida en un corazón tan bondadoso como el de San Isidro, abrasado por otra parte en el amor á Jesucristo. ¿Sabéis cuál era su única ambición? El poder socorrer á

<sup>1</sup> Rom, 12, 5.

los pobres, á los desvalidos que carecían de pan. Para esto trabajaba, ó mejor dicho, redoblaba el trabajo; con ellos dividía su corto salario, más aún, su pobre comida, llegando á privarse enteramente de ella para dársela á los más necesitados que él. ¡Oh, qué entrañas tan tiernas las del santo Labrador! No podía ver hambrientos ni á los pajarillos del cielo. Para sustentarlos, para sustentar á las viles hormigas, gastaba buena cantidad de grano. Y ¡cómo se manifestaba complacido de esta caridad de su siervo el Dios de las misericordias! Innumerables milagros lo pusieron bien de manifiesto así á los ojos de los admiradores como á los de los detractores de la conducta del Santo. Oíd algunos, referidos con la sencillez de los antiguos biógrafos: «Un sábado, habiendo dado á los pobres todo lo que tenía de comer, vino un peregrino de nuevo á pedirle limosna, y no teniendo ya qué darle, ni sabiendo qué hacerse, dijo con gran confianza y humildad á su mujer: 'Ruégote por Dios, hermana, que, si sobra algo de la olla, des limosna á este pobre.' Ella, con estar cierta que no había sobrado nada, fué á la cocina para mostrar la olla vacía á su marido; mas hallóla toda llena como estaba antes que comiesen ni diesen limosna á los pobres, con lo cual dió de comer á aquel peregrino y á otros muchos que acudieron luego.»<sup>1</sup> ¿No veis aquí renovado por la fe y la caridad de San Isidro el gran milagro de la multiplicación de los panes en el desierto? ¿Qué tiene de extraño suponer que aquel pobre peregrino fuese un ángel ó el mismo Cristo, por cuya virtud se multiplicó el alimento? ¡Oh poder el de la misericordia! ¿Á quién no alentarán estos ejemplos á practicarla con mano pródiga y corazón generoso? San Isidro, amados fieles, no se contentaba con dar lo que buenamente podía: daba más de lo que podía humanamente, como

<sup>1</sup> Rivadeneyra, Flos Sanct.

acabáis de ver, porque contaba con los tesoros de la Providencia. Todos los sábados, en honor de la Virgen santísima, de quien era devotísimo, hacía comida aparte para los pobres, y así quiso Dios con el milagro referido, manifestarle lo que le agradaba aquella devoción. Pero esto de multiplicarse los bienes milagrosamente en las manos de Isidro fué cosa que le aconteció muchas veces; ¡tanta era la bondad divina y tan complaciente con su humilde siervo! Si los costales en que llevaba el trigo se menguaban por lo que daba en el camino á los pobres y á las avecillas, llegado al molino se hallaban enteros y llenos, quedando admirados los que lo veían. Si la cantidad de trigo que molía era poca por haber dado limosna abundante á los pobres, acontecióle resultar de aquello poco tanta harina que no cupo en el costal. Ni fué esto todo, porque habiéndolo advertido los molineros y sospechando que Isidro la hubiese hurtado en el molino, le preguntaron cómo, habiendo traído tan poco trigo llevaba tanta harina; á lo que respondió el Santo con inaudita paciencia: «Yo no soy ladrón; pero si creéis que la he hurtado, quedaos con la harina, volviéndome otro tanto de trigo como traje.» Hízose así; y en tornando á moler aquella poca cantidad, salió tanta harina como de antes. Con tan estupendas maravillas, volvía Dios por la honra del inocente calumniado, al mismo tiempo que aprobaba sus obras de misericordia. Interminable se haría este discurso si quisiéramos demostrar con hechos la insigne caridad del santo Labrador. Recordad solamente y grabad en vuestro corazón aquella máxima de Tobías que Isidro tenía por regla de conducta: «Si tuvieses mucho, da abundantemente; si poco, de aquello poco préciate de dar algo de buena gana.»<sup>1</sup> Y veamos ya cómo el trabajador cristiano, formado por el modelo de San Isidro, se presenta á la faz

<sup>1</sup> Tob. 4, 9.

del mundo entero con la aureola gloriosa de la dignidad y del honor.

### III.

7. ¡Qué diferencia, amados fieles, la que media entre la dignidad cristiana y el orgullo! Acabáis de oír la respuesta de Isidro, el verdadero hombre de bien, á los injustos detractores de su honra, á los que le creían ladrón. ¡Qué dignidad la que brilla en las palabras y más aún en la severa actitud con que las pronuncia el varón santo! ¡Cómo recuerdan al divino Redentor cuando respondió con calma al que le afrentaba delante de Anás: «Si he hablado mal, muéstrame en qué; y si bien ¿por qué me hieres?»<sup>1</sup> ¿Qué habría hecho el orgullo humano, es decir, la falsa dignidad en semejante caso? Ya podéis imaginarlo. Esto os hará comprender cuán perfectamente se armonizan la virtud de la humildad, ó sea, el amor de las humillaciones, y la dignidad, ó sea el sentimiento legítimo de su propia grandeza, el respeto de sí mismo y la conciencia de sus derechos respecto á los demás. Y ¡cuán necesaria es esta dignidad para el hombre de profesión humilde como el pobre jornalero! Ella es el resorte capaz de levantar á un hombre cuya vida no tiene al parecer otro objeto que el de enriquecer á otro hombre y satisfacer apenas sus propias necesidades; es decir, gastar su cuerpo en crear la opulencia y obtener en cambio la facultad de no morir de hambre. Para contrapesar esta humillante posición, el cristianismo, rehabilitando el trabajo, restituye al obrero su dignidad, le imprime cierta majestad, le ciñe una aureola, le teje una corona con sus manos divinas. ¿Es éste un sueño ó una dulce realidad? Juzgadlo por lo que voy á decir: El obrero cristiano es el hombre que por su trabajo y su pobreza se asemeja más

<sup>1</sup> Io 18, 23.

á Jesucristo trabajador. ¿Puede imaginarse mayor gloria? Aun sin esto y sólo en vista de las consideraciones que nos ha sugerido la figura del glorioso San Isidro, la condición del obrero resulta revestida de verdadera nobleza y dignidad: ¡cuánto más resplandecerá en virtud de los divinos reflejos que proyecta sobre la faz del obrero la luz del Verbo encarnado hecho obrero en Nazaret!

8. De esta suerte el trabajo cristiano adquiere su verdadera armonía y recibe su legítima medida. El hombre, á la verdad, y diga lo que quiera una economía degradante, no ha nacido para consumirse y agotarse en un trabajo puramente material porque de él también se ha dicho: *Non in solo pane vivit homo*—«No sólo de pan material vive el hombre.»<sup>1</sup> Él tiene otras funciones más nobles que llenar, tiene trabajos más importantes en que entender. Quien quiera que sea, aunque pobre y rústico labriego, debe cultivar un campo más hermoso, el campo de su espíritu, y por fruto de este cultivo se promete algo más que la felicidad presente, la felicidad eterna. De esta labor ha dicho Dios á todos los hombres: *Negotiamini dum venio*—«Trabajad hasta mi vuelta.»<sup>2</sup> El primer negocio del trabajador cristiano, como de otro hombre cualquiera, llámese señor ó propietario, ha de ser el de la salvación de su alma, y por consiguiente, el del cumplimiento de sus deberes religiosos y morales. ¡Qué insensatez sería la del que sacrificase su salvación eterna al bienestar temporal propio ó ajeno! *Quam commutationem dabit homo pro anima sua?* decía el Salvador:—«¿Cómo podrá compensarse la pérdida del alma?»<sup>3</sup> Por tanto su primer cuidado de cada día ha de ser, dedicar algunos momentos siquiera á la adoración del Criador, á la contemplación del cielo. ¡Qué ejemplar tan acabado de religiosidad tenéis en San Isidro, oh trabajadores cristianos!

<sup>1</sup> Matth. 4, 4.<sup>2</sup> Luc. 19, 13.<sup>3</sup> Matth. 16, 26.

Escuchad algunos rasgos de su vida que os servirán de edificación, contribuyendo al mismo tiempo á la mayor gloria del santo Labrador. No contento con cumplir con el precepto de santificar las fiestas, madrugaba todos los días para oír no una sino todas las Misas que podía, visitando varias iglesias de Madrid, y fuera de esto empleaba gran parte del día en oración. Y ¿pensáis, amados fieles, que por darse á estos ejercicios de devoción faltaba Isidro á su obligación de trabajar, con menoscabo de la fortuna del amo á quien servía? ¡Ah! no creáis tal, porque no sólo sabía compensar con su propia diligencia el tiempo que daba á Dios, resultando al cabo del día que había hecho tanto y más que los otros trabajadores, sino que Dios mismo trabajaba por él con estupendos milagros como el de que arasen los bueyes por sí solos, sin regirlos nadie, y que los mismos ángeles del cielo le ayudasen á arar, como lo vió su amo con indescriptible asombro. Y preguntado el varón de Dios sobre este caso, respondió con encantadora sencillez: «Ningún hombre me ha ayudado sino Dios, que me ayuda siempre, y á quien invoco, y nunca me falta su misericordia y amparo.» ¡Oh bendita simplicidad la de aquel hombre, que le mereció tener á Dios por auxiliar de su trabajo! ¡Cuán confundidos quedaron, cuando esto vieron, los envidiosos detractores de la devoción de Isidro! ¡Cuán satisfecho su amo viendo en qué manos tan seguras había puesto sus heredades! ¿Qué más? Ved aquí otro favor extraordinario concedido por Dios á su siervo en prueba de lo que le agradaba su piedad fervorosa. No habiendo podido oír Misa cierto día de trabajo, sintiólo mucho el Santo, y á la tarde, vuelto del campo á Madrid donde vivía, fué á la Iglesia de San Andrés, y hallándola cerrada hincóse de rodillas á la puerta para orar. ¿Qué pasó entonces? Que arrebatado en éxtasis fué llevado al cielo y vió celebraban los bienaventurados una Misa con gran solemnidad, la cual oída,

volvió á recobrar sus sentidos con inmenso consuelo de su espíritu. ¡Cómo se redoblaría su devoción en adelante! ¡Cómo se aumentaría la nuestra, carísimos hermanos, si supiésemos apreciar el valor infinito del santo Sacrificio! ¿Qué otra cosa es la Misa sino un remedo de la gloria?

9. Importa mucho insistir sobre la necesidad de armonizar el trabajo con el deber religioso, hasta para el bienestar económico de la sociedad. En efecto, ese deber, cumplido puntualmente, es el que proporciona el descanso necesario de alma y cuerpo al obrero fatigado con el trabajo de seis días continuos. ¿Por qué no respetar, como es debido, la gran ley intimada á la humanidad entera desde las cumbres inflamadas del Sinaí: «Seis días trabajarás, y el séptimo descansarás, porque ese día es mío, es el sábado ó descanso del Señor»? ¿Por qué no cumplir con esta ley ratificada por el soberano Legislador del mundo, Jesucristo, y promulgada constantemente por su representante sobre la tierra, la Iglesia católica? ¡Desgraciados los individuos y las naciones que violan por vergonzosas codicias y especulaciones sacrílegas esa ley de armonía entre el trabajo y el descanso! Ellos retrocederán paso á paso, forzados por la codicia ó por el egoísmo, hasta el oprobio de las antiguas servidumbres. . . . ¡Los rayos y truenos del Sinaí parecen figurar las tempestades sociales que más tarde ó más temprano, habrán de estallar sobre la cabeza de los violadores de la gran ley del domingo! . . . Por el contrario ¡qué puro y radiante sol se ve brillar sobre la frente del pueblo sometido á la ley providencial y protectora del obrero! Después de las fatigas y dolores del cuerpo viene á disfrutar, en medio de la luz y del incienso, todas las dulzuras y alegrías del espíritu. Después de las penalidades de la tierra, viene á respirar un poco de aire del cielo. . . . Al día siguiente volverá con nuevo vigor y nuevas fuerzas á emprender el trabajo interrumpido por la oración y fecundado por el reposo; y

la economía misma recogerá en aumento de producción, prosperidad y riqueza lo que ese pueblo recoge de su reposo bendito, en aumento de alegría, bienestar y felicidad <sup>1</sup>.

10. Concluyamos. Habéis visto, hermanos míos, en la noble figura de San Isidro el hermoso ideal del trabajador cristiano, del varón sencillo, caritativo y humilde que supo elevarse á la cumbre de la santidad entre las diarias faenas del campo. Grande debe de ser su mérito ante Dios y ante los hombres, pues si Dios le glorifica haciendo por su intercesión innumerables milagros, como atestigua la historia, la Iglesia le decreta los honores de los grandes santos, y los reyes de España le erigen por Patrono de su corte. ¿Qué haremos nosotros, humildes devotos del santo Labrador? Pues inclinarnos reverentes ante su sagrada imagen y poner bajo su amparo nuestros bienes y personas, suplicándole nos alcance la gracia de imitar sus virtudes para tener algún día la dicha de ir á compartir su gloria en la bienaventuranza. Así sea.

### Del Beato Juan Eudes, fundador de la Congregación de Jesús y María.

(Predicado en las fiestas de la Beatificación, Cartagena, Agosto de 1909.)

#### El Apóstol de Normandía en el siglo XVII.

Existimo enim nihil me minus fecisse a magnis apostolis. <sup>2</sup> Cor. II, 5.

1. Un nuevo astro, un luminar celeste, y no de pequeña magnitud, se ve rutilar en el firmamento de la Iglesia: todos los ojos se tornan hacia él, todos los fieles lo miran de hito en hito con admiración y encanto: su luz irradia hoy sobre la tierra de Colón, y Cartagena, la ciudad de San Pedro Claver, se ve favorecida con sus vívidos

<sup>1</sup> P. Félix, op. cit.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.